

LA LUZ DE CRISTO ILUMINA A TODOS: EL HIJO CRUCIFICADO Y RESUCITADO Y LA LUZ TRINITARIA

Luz de luz. La luz es un símbolo universal entre todos los pueblos y todas las tradiciones religiosas y escuelas de pensamiento: es un símbolo de ser, de conocimiento y de vida. Remite de hecho al sol, que es la fuente visible de luz para la unidad y que, como cantó san Francisco “de Ti, el Altísimo, lleva la semejanza”.

Jesús usó el símbolo de la luz para expresar el misterio de su persona y misión: “Yo soy la luz del mundo” (Jn 8, 13). Desde la primera página del libro del Génesis hasta la última página del libro del Apocalipsis, el símbolo cristológico de la luz recorre el relato entero de la creación y la historia de la salvación como un hilo de oro.

La palabra que creó al principio rompe el silencio y proclama: “Haya luz, y hubo luz” (Gn 1, 3). En la plenitud de los tiempos, la “verdadera luz, la luz que ilumina a todo hombre” (Jn 1, 9), viene al mundo, se hace carne y planta su tienda entre nosotros (cf. Jn 1, 7.14). El rostro de Cristo brilla como el sol en el monte Tabor (cf. Mt 17, 2), y el que le sigue “el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn 8, 12). Al final de los tiempos, la ciudad santa, Jerusalén “bajaba del cielo, de junto a Dios y tiene la gloria de

Dios” (Ap 21, 10-11): la ciudad “no necesita ni de sol ni de luna que la alumbren, porque la ilumina la gloria de Dios, y su lámpara es el cordero” (Ap 21, 23).

En el denso y evocador lenguaje del cuarto Evangelio, Jesús es “la luz del mundo” porque en él está la plenitud de vida recibida del Padre (cf. Jn 5, 26; 13, 3; 14, 9-10; 16, 15), que él, a su vez, transmite a los hombres de modo que también ellos puedan vivir por ella e iluminados por ella (cf. Jn 17, 1-2; 22). Esta vida que es luz es amor: el amor con el que el Padre ama al Hijo y el Hijo a la humanidad, de modo que las gentes, también, puedan amarse unos a otros (cf. Jn 15, 9; 12-17): de hecho, “quien dice que está en la luz y aborrece a su hermano está aún en las tinieblas. Quien ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza” (1Jn 2, 9-10).

“Luz de luz”: así la Iglesia confiesa el misterio de fe que contiene la revelación de Dios y el destino de la humanidad. El Hijo, Jesucristo, es “el resplandor de su gloria e impronta de su sustancia” (Hb 1, 3), luz de luz, de hecho, Dios verdadero de Dios verdadero. Y el Espíritu es Luz que viene del Padre (cf. Jn 15, 26) y es dado a la humanidad por medio del Hijo crucificado y resucitado, de modo que las gentes también pueden libremente llegar a ser lo que Dios les ha llamado a ser: “hijos de la luz (cf. 1 Tes 5, 5).

El misterio de la Santísima Trinidad, que Cristo revela, es el fundamento de la salvación de la humanidad y la participación en la verdadera vida de Dios. En el misterio de la Trinidad está el origen siempre nuevo e inagotable de este humanismo que ha impregnado la preciosa herencia de las tradiciones hebrea, griega y latina –con la combinación gradual de diferentes pueblos y naciones- ha animado el crecimiento espiritual, cultural y social de Europa y caracterizado su originalidad y contribución al orden universal de civilizaciones.

La luz que nunca se apaga. “Dios es luz, en él no hay tiniebla alguna” (1 Jn 1, 5). La Santísima Trinidad es la más pura luz de amor, y creación, también el fruto bendito de su profundo amor, está *per se* revestida de bondad y belleza (cf. Gn 1, 31). La oscuridad nace en el corazón del hombre cuando se permite ser seducido por las trampas del tentador que quiere separarlo de Dios y sus criaturas (cf. Gn 3, 1-12).

Cuando la luz del Padre viene para brillar en el mundo, la oscuridad no la reconoce ni la recibe (cf. Jn 1, 5; 10-11). De hecho parece como si la oscuridad cubriera la tierra (cf. Mt 27, 45-46) y la luz fallara (cf. Lc 23, 44), cuando el Hijo, clavado en la cruz, lanza al Padre su grito de abandono y exhala el último aliento (cf. Mc 15, 34-37; Mt 27, 46-50).

Pero en realidad el descenso de la luz a los abismos de oscuridad revela el amanecer de la resurrección, comunicando al género humano el secreto del amor trinitario. “Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida, para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo; esa es la orden que he recibido de mi Padre” (Jn 10, 17-18).

El Hijo no hace simplemente un acto “como si” él tuviera que dar su vida: realmente la ofrece, “hasta el final” (cf. Jn 10, 15-17; Flp 2, 8). Y así la recupera. Porque la vida que él ha recibido del Padre es amor: se tiene cuando se da. De este modo el Hijo obedece al Padre haciendo lo que ha visto que hace el Padre (cf. Jn 5, 19): quien, teniendo vida en sí mismo la ha dado al Hijo para que el Hijo también pueda tenerla en sí mismo y comunicarla a otros. Esto es lo que sucede en la Eucaristía (cf. Jn 6, 57).

La luz no se opone a la oscuridad que se esconde en el corazón del hombre y en el drama de la historia desde arriba y desde fuera, sino que penetra profundamente para cubrir la oscuridad y plantear la lucha desde abajo y desde dentro. Esta es una lógica sin precedentes y loca del amor, su débil y desvalida omnipotencia.

Desde ahora y para siempre la luz florece en el verdadero corazón del mundo en el que Cristo ha venido y ha hecho su hogar: como la levadura que hace crecer, como la sal que da sabor (cf. Mc 9, 50), como los humildes rayos de un sol que inmóviles brillan en la niebla de la mañana que los envuelve, pero que ya anuncian la luz del mediodía.

Europa es el Occidente, la tierra de la puesta del sol. Podría decirse que aquí amanecer y atardecer están destinados a encontrarse. Lo es desde el momento en que el Apóstol Pablo respondió a la invitación del Macedonio (Hech 16, 9-10) que se le apareció en un sueño y lo llamó a explicar la fe cris-

tiana por los caminos de Europa y desde allí por los caminos de todo el mundo.

Así Europa experimentó el nacimiento de una nueva civilización que, respirando con ambos pulmones, ha dado a la humanidad incontables y extraordinarios frutos. Pero ha conocido también la oscuridad del atardecer: división entre cristianos, guerras fratricidas, explotación de otros pueblos, la *shoah*, el eclipse de Dios, la humanidad perdida.

Pero Cristo, “la luz verdadera que ilumina a todo hombre” (Jn 1, 9) ha hecho suyo este atardecer y ha vivido por él en la oscuridad de la cruz. En él, entonces, incluso esta oscuridad está destinada a un nuevo amanecer: sus discípulos supieron cómo dejar el campamento y caminar hacia él (cf. Hb 13, 13), llegando a ser en Él “todo para todos” (cf. 1 Cor 9, 19-22).

El arco iris de la nueva alianza. “Porque en otro tiempo fuisteis tinieblas pero ahora sois luz en el Señor” (Ef 5, 8). Los discípulos están llamados a dar testimonio y a extender la luz de Cristo, porque ellos mismos, en Él, han sido transformados por la luz en todo lo que ellos son, todo lo que ellos piensan y todo lo que ellos hacen. “Caminar en la luz” es caminar en comunión con Cristo y en comunión unos con otros (cf. 1 Jn 1, 5-7). Esta nueva alianza entre Dios y la humanidad en el amor de Cristo, luz del mundo, es nuestra esperanza de renovación y unidad.

Un nuevo arco iris de paz, justicia y fraternidad que une el cielo y la tierra, un “signo de la alianza” que Dios hace entre él y la humanidad y entre la humanidad y cada ser humano y cada ser viviente para todas las generaciones futuras (cf. Gn 9, 12). El arco iris es la creación que recibe en María, por su *fiat*, el *fiat* del Creador. “María”, escribió Antonio de Padua en su sermón sobre la fiesta de la Anunciación “era ‘como un brillante arco iris’, en la concepción del Hijo de Dios (...) Así cuando el Sol de justicia, el Hijo de Dios, entró este día en la ‘nube’ de la gloriosa Virgen, la Virgen misma se convirtió ‘como en un brillante arco iris’, el signo de la alianza de paz y reconciliación, en medio de nubes de gloria”.

En el arco iris, en el que la única luz de amor es refractada en los siete colores del arco iris y sus infinitos matices, cada color proclama un modo de expresar y encarnar el

amor, que es luz, en las numerosas formas de experiencia personal y social, espiritual y cultural, en la relación entre hombres y mujeres, pueblos y civilizaciones, la familia humana y el mundo creado que les ofrece un hogar. ¿No es esto lo que Europa y el mundo quieren hoy de Cristo, la “luz verdadera que ilumina a todo hombre” (Jn 1, 9)?

Un nuevo modo de percibir, saborear, relacionar, vivir y pensar ha sido revelado: Dios y la humanidad, Dios y la creación que se unen en Cristo crucificado y resucitado, que es transfigurado y transfigura toda carne en el Espíritu Santo. Aparece un modo artístico y técnico de pensar y hacer las cosas, un modo ético y social de actuar que encuentra su expresión completa en la relación viva con los otros, con las cosas, con Dios, con nosotros mismos.

Aparece un nuevo simbolismo que no remite simplemente al inalcanzable más allá, sino que experimenta el amor actual de Dios, algo que puede ser compartido. En Cristo el amor de Dios ha hecho su morada entre nosotros: “porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18, 20). De nuevo lo que es esencial es el testimonio juntos del que habla Ireneo de Lyon: “La gloria de Dios es un hombre vivo y la vida del hombre es la visión de Dios”. En el Cristo Resucitado, la verdadera luz que brilla sobre todo hombre (cf. Jn 1, 9), la promesa se ha hecho realidad.

PIERO CODA

